

עַמֻּדַת אֵשׁ עַמֻּדַת נֶבֶל

COLUMNA DE NUBE, COLUMNA DE FUEGO: EX 13,21-22

Los israelitas partieron de Ramsés en dirección a Sucot. Eran unos seiscientos mil hombres de a pie, sin contar sus familias. Con ellos iba también una multitud heterogénea, y una gran cantidad de ganado mayor y menor.

Como la pasta que habían traído de Egipto no había fermentado, hicieron con ella galletas ácimas. Al ser expulsados de Egipto no pudieron demorarse ni preparar provisiones para el camino.

Los israelitas estuvieron en Egipto cuatrocientos treinta años. Y el día en que se cumplían esos cuatrocientos treinta años, todos los ejércitos de Israel salieron de Egipto. El Señor veló durante aquella noche, para hacerlos salir de Egipto. Por eso, todos los israelitas deberán velar esa misma noche en honor del Señor, a lo largo de las generaciones.

Ex 12,37-42

Israel, el pan sin levadura, sale de Egipto.

Un milagro de verdad. Un milagro, ya que se libera del dolor y sabe que se ha convertido en hogar, se libera desde el lugar donde hemos encontrado a nuestro Dios, donde le hemos oído, donde le hemos vistos actuar. Normalmente tenemos la tentación de mantenernos ligados, para proteger los lugares del encuentro, las palabras del encuentro, y no somos capaces de comenzar de nuevo. En cambio esto es un milagro; es un poder de libertad que se nos ofrece. Los israelitas no permanecen para proteger esos lugares que se convierten en santos, esas casas que se convierten en altares, esa presencia que se reveló durante la esclavitud: ellos se van.

No son los guardianes de una presencia, pero son custodiados por la misma. Dios no se encuentra en un lugar ya que nunca lo podrá contener, sino que Él es el lugar en el mundo, Él es el lugar donde el mundo encuentra su sentido. No es el Dios del lugar, sino el Dios de la relación, de la historia con su pueblo. Él se encuentra ahí donde está su pueblo.

DIOS CON NOSOTROS

El texto nos da la cifra exacta de cuantos se van: se cuentan antes de marcharse para que no falte nadie. Eran 70 cuando se fueron a Egipto, 430 años atrás y ahora son 600,000 hombres, además de mujeres, niños, y de los egipcios que se unieron a ellos. Pero añade que

Entonces todos los ejércitos del Señor salieron de Egipto

Ex 12,41

La tradición judía nos enseña que estos ejércitos son los ángeles de Dios, son las potencias celestiales, la corte celestial que acompaña el santuario de Dios. Son éstas que, junto con el pueblo de Israel, salen de Egipto: Dios y todas sus tropas salen con el pueblo que se va. Así sabemos que durante el tiempo en que Israel estaba en Egipto, Dios había movido su corte celestial a Egipto, y todos los ángeles estaban allí en Egipto, esclavo con los esclavos, exiliado con los exiliados.

Israel se va: también Dios se va junto con todas sus tropas.

Ahí donde se encuentre su pueblo, Dios está con él. Podríamos incluso decir: dondequiera esté el hombre, que le pertenece, Dios está con él: cuando atraviesa la angustia, la tristeza, cuando es pisoteado, cuando está huyendo, cuando tiene hambre, cuando está desnudo, Dios está con él, desnudo también él, con hambre también, pisoteado también él, sin casa también. Recordemos una de las primeras lectio cuando se decía que Dios estaba en la canasta de Moisés que lloraba, y la hija del faraón lo vio con el bebé. Donde hay tristeza y sufrimiento, Dios está ahí, sufriendo junto con los suyos:

Cada vez que los israelitas son encadenados, también la *Šekînh*, que es la gloria de Dios, es encadenada con ellos. Está escrito: *en todas sus angustias, también Él está angustiado*.

Estas palabras se refieren a la angustia de la comunidad. ¿De dónde puedo saber que también se refieren a la persona individualmente? Está escrito: *me llamará y yo responderé, estaré con él en la angustia* (Sal 91,15).

Dondequiera que los israelitas fueron exiliados, la *Šekînh* se exilió con ellos. Los israelitas fueron exiliados en Egipto, en Edom, en Elam, y la *Šekînh* se exilió con ellos. Y si un día los hijos de Israel regresaran, la *Šekînh* volverá con ellos.

Mekhila de Rabí Ishmael

Recordemos que Israel es la figura de la Iglesia, del nuevo pueblo, del cual su señoría se extiende a todo el mundo, a todos los tiempos.

De hecho, ha colocado todo bajo sus pies y lo dio a la Iglesia como cabeza sobre todas las cosas: es su cuerpo, la plenitud de aquel que es el perfecto cumplimiento de todas las cosas.

Ef 1,22-23

Dios se compromete, está comprometido con su pueblo, con hombres que ha elegido, con el hombre que ha elegido.

La columna de fuego y de nube es el signo del compromiso de Dios con su pueblo: Lo escuchó, observó, ha intervenido con brazo fuerte, lo sacó de Egipto y ahora lo lleva a la tierra prometida.

Dios sale de Egipto con sus ejércitos, era un esclavo con su pueblo esclavizado, y ahora es un peregrino con su pueblo en camino.
Dios habita entre su pueblo, y va dondequiera éste vaya.

Tenemos otra experiencia como esta en la Escritura, en Ezequiel:
la gloria de Dios abandona el templo de Jerusalén que fue destruido por los babilonios,
se va al monte de los Olivos, desde allí observó la columna de deportados y se pone en fila con ellos.
Ezequiel lo verá otra vez en los canales, en los ríos de Babilonia, deportado como su pueblo.

Los querubines luego levantaron sus alas y las ruedas se movieron junto con ellos, y la gloria del Dios de Israel estaba encima de ellos. Así que desde el centro de la ciudad la gloria del Señor se levantó y se posó en el monte que está al oriente de la ciudad. Y un espíritu me levantó y me llevó a Caldea entre los cautivos, en una visión, por la obra del Espíritu de Dios.

Ez 11,22-24

Dios es el Dios con nosotros.

Y eso significa que somos el resultado de todo lo conocido por él.
La historia que teje con nosotros es lo que él ya conoce.
Lo que nos pasa, los caminos que recorreremos, los esfuerzos y los logros en el camino, la construcción como pueblo, el coraje de seguir adelante, todo esto habla de él y de su grandeza.

Pero Moisés respondió al Señor: «Cuando oigan la noticia los egipcios –de cuyo país sacaste a este pueblo gracias a tu poder– se la pasarán a los habitantes de esa tierra. Ellos han oído que tú, Señor, estás en medio de este pueblo; que te dejas ver claramente cuando tu nube se detiene sobre ellos; y que avanzas delante de ellos, de día en la columna de nube, y de noche en la columna de fuego. Si haces morir a este pueblo como si fuera un solo hombre, las naciones que conocen tu fama, dirán:

«El Señor era impotente para llevar a ese pueblo hasta la tierra que le había prometido con un juramento, y los mató en el desierto».

Por eso, Señor, manifiesta la grandeza de tu poder, como tú lo has declarado.

Num 14,13-17

Esto implica un camino en la confianza y en la responsabilidad:
somos el lugar donde se encuentra aquello que Dios puede hacer por el hombre.
¡Qué grandeza! Y ¡qué alegría!
Realmente tenemos que dejar Egipto, toda casa de esclavitud, y seguirlo, sin demora, para nosotros y para los que están esperando ver, para quienes esperan saber, y esperan ser capaces de creer.

NUBE Y FUEGO

El Señor iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para darles la luz, para que anduviesen de día y de noche.

Ni la columna de nube de día, ni la columna de fuego de noche se retiraban de los ojos del pueblo.

Ex 13,21-22

Nube de día, fuego de noche.

El camino se encuentra en una oscuridad luminosa o en una luz nocturna.

Nunca es un día completo, nunca es una noche profunda, y esta semioscuridad, esta semiluminosidad, es el espacio de nuestra libertad. Es el espacio de la decisión, del riesgo, de la intuición y de la confianza, del coraje y de la esperanza.

El espacio del camino de los hombres libres.

Para caminar no es necesario tener un camino claro y quizás ni siquiera la meta, sino ser libres. Es necesario ser libres para caminar, libres para dar pasos, libres de seguir el camino, libres de aceptar los pesos y las consecuencias.

Mientras se camina en la noche vemos la columna de luz que pone un límite a la oscuridad, y asegura nuestros pasos.

Mientras andamos de día vemos la nube que nos recuerda otro lugar que todavía no vemos, un horizonte poco más lejos de nuestros propios sueños.

Y tenemos que caminar aceptando no ver, porque sabemos que Dios ve el camino. Lo importante no es saber el camino. Es no perder de vista esa luz, esa nube que conoce el camino.

GUÍA Y REFUGIO, CAMINO Y MORADA

Extendió una nube para su protección, y el fuego para alumbrar la noche.

Sal 105,39

Zarza ardiente, fuego que envuelve al miserable.

Pilar de fuego, guía del camino de quien le pertenece.

Pilar de nube, guardián de la vida de su pueblo.

Tu Palabra es antorcha para mis pasos

Sal 119,105

La palabra ilumina el camino, lo manifiesta, lo hace seguro.

Como un siervo inclinado por el sendero para que su maestro no se tropiece, para que no retrase la marcha.

"Entre los mortales, es el discípulo quien lleva el farol para su maestro, pero de Dios leemos: *Y el Señor andaba delante de ellos de día*¹.

Entre los mortales, es el esclavo quien lava a su maestro, pero de Dios leemos: *Te bañé con agua*².

Entre los mortales, el esclavo es quien viste a su maestro, pero de Dios leemos: *Te puso una túnica de colores*³.

Entre los mortales, el esclavo es quien pone las sandalias a su maestro, pero de Dios leemos: *te vestí con sandalias preciosas*⁴.

Entre los mortales, es el maestro quien lleva a su maestro, pero de Dios se leemos: *Os llevé sobre alas de águila*⁵.

Entre los mortales, es el maestro que duerme, mientras que el esclavo está de guardia de pie afuera, pero Dios es el guardián de Israel, porque se dice: *No se adormece, no se duerme el guardián de Israel*⁶.

[...] A partir de esto: *No hay nadie como tú entre los dioses, y no hay quien iguale tus obras...*⁷

La Palabra es la luz.

Caminar en esta luz también significa comprender lo que hay en el camino, es dar nombre a las cosas, a las situaciones a partir de esa luz y no a partir de otras cosas.

Es conocer la salvación que vive nuestras vidas, descubrir su significado en su luz, la providencia de amor que nos cuida y nos hace volvernos mejores hombres y mujeres, a imagen y semejanza de Dios.

Y la columna de nube también es el lugar desde el cual Dios habla no para conocer el camino, sino para sentirnos seguros al recorrerlo.

Hablaba con ellos por una columna de nube; guardaban sus estatutos y la ley que les había entregado.

Sal 99,7

Una Palabra que permanece, que toma morada, que vive con nosotros

Y el Señor se apareció en la tienda en una columna de nube; la columna de nube se puso de pie en la entrada de la tienda.

Dt 31,15

¹ Ex 13,21: *El Señor caminaba delante de ellos durante el día con una columna de nube para conducirlos por el camino, y de noche con una columna de fuego para iluminarlos.*

² Ez 16, 19.

³ Ez 16, 10.

⁴ Ez 16, 10.

⁵ Ex 19, 4.

⁶ Sal 121, 4.

⁷ *Midrash Rabbah - Exodus XXV,6*

Una palabra accesible, que está en el umbral de la casa, cerca de nuestra tienda, en nuestra tienda, guardián y protección, refugio seguro.

Caminar detrás de este pilar o columna, ante su presencia, responder a sus movimientos, dar pasos.

Esta columna es la medida en la que podemos evaluar el camino:

No es la experiencia que tal vez ve demasiado hacia atrás, hacia lo que deja, no es la evaluación económica que ve el fracaso desde el inicio, no es la consideración de las fuerzas presentes que desalienta incluso el comienzo, sino que es una Palabra que habló y que se pone a la guía de un grupo de esclavos para hacer de ellos un pueblo nuevo.

La columna de fuego y de nube está representada en la liturgia de Pascua en el cirio de la noche de Pascua, la noche en que se celebra el paso de la muerte a la vida del Señor Jesús. Este evento es lo que ahora señala el camino, es el sello de la participación de Dios con el hombre:

En esta noche de gracia, acepta, Padre Santo, el sacrificio de alabanza, que la Iglesia ofrece en las manos de sus ministros, en la liturgia solemne del cirio, fruto del trabajo de las abejas, símbolo de la nueva luz.

Reconocemos en el pilar del Éxodo los presagios antiguos de esta luz pascual que ha encendido un fuego que arde en honor de Dios.

Aunque si dividido en muchas pequeñas llamas, no extingue su vivo esplendor, sino que crece en la cera que se consume y que la abeja madre ha producido para alimentar esta preciosa lámpara.

Por lo que te pedimos, Señor, que este cirio, ofrecido en honor de tu nombre para iluminar la oscuridad de esta noche, brille de la luz que nunca se apaga.

Sube hasta ti como un aroma dulce, que se confunda con las estrellas del cielo.

Lo encuentre encendido la estrella de la mañana, esta estrella que nunca se desvanece:

Cristo, tu Hijo, que resucitó de entre los muertos y hace brillar en los hombres su luz tranquila que vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.

PARA LA REFLEXIÓN Y LA ORACIÓN

- 1) Sugiero una profundización seria, personal y fraterna, sobre el pasaje tan decisivo que se refiere al custodiar lo que es santo y del ser custodiados por el Santo. Las opciones que se hacen personalmente y como instituto necesitan ser elecciones de camino, pero de un camino que nos aleja de lo conocido, de los lugares y de las palabras que nos han convertido en lo que somos, pero que tenemos que dejar para que Dios pueda operar. Es importante, muy importante, dar forma a nuestras decisiones, a nuestros caminos dentro de una pertenencia dinámica, de una pertenencia a una relación que nos hace constantemente nuevos, continuamente libres, siempre en camino. No somos nosotros, *in primis*, quienes custodiamos a Dios, sino que es Dios quien nos guarda. No somos nosotros a darle nuestro tiempo, sino que es él quien da su tiempo a nosotros. No somos nosotros a darle la vida, sino que es él quien da su vida a nosotros. Él es primero y nosotros somos un segundo. Esto nunca se debe trasponer.
- 2) Dios está con su pueblo dondequiera que esté. Sería bueno como una oración de alabanza y agradecimiento recorrer nuevamente nuestros éxodos, recordando los gestos y palabras que nos han guiado, las tinieblas luminosas y las luces nocturnas dentro de las cuales hemos conocido salvación. Y de esto dar gracias.
- 3) Dios está encadenado, hambriento, desnudo, en fuga con el hombre encadenado, hambriento, desnudo y que huye. Nunca como ahora es actual la parábola del pastor y rey que se identifica con estos pequeños (Mt 25). Esto desafía estrechamente y con urgencia nuestro estar en el mundo, un estar que se encuentra ahí donde está Él. ¿Cuáles de nuestras presencias, personales y comunitarias pueden recuperar significado, ser redescubiertas o descubiertas para poder ser signo visible y accesible a un Dios que está en medio de los suyos, de un Dios que está cerca?

Material extra

LOS T^EFÎLLÎN

Y ese día darás a tu hijo la siguiente explicación: «Esto es así, a causa de lo que el Señor hizo por mí cuando salí de Egipto».

Este rito será como un signo en tu mano y como un memorial ante tus ojos, para que la ley del Señor esté siempre en tus labios por que el Señor te sacó de Egipto con mano poderosa. Observa cada año esta prescripción, a su debido tiempo. [...]Esto será como un signo en tu mano y como una marca sobre tu frente, porque el Señor nos hizo salir de Egipto con el poder de su mano.
Ex 13,8-10.16

Una interpretación tradicional de la palabra *š^emôṭ*, los *Nombres*, el título hebreo del libro del Éxodo, es la que dice que esta palabra se compone con las iniciales de:

Šabbāṭ, *Sábado*,

Mîlâh, *Circuncisión*

T^efillîn, *Filacterias*.

El *Šabbāṭ* pone su relación con el mundo bajo la voluntad de Dios.

La *Mîlâh*, pone lo que viene bajo la voluntad de Dios.

Los *T^efillîn*, es lo que demuestra la voluntad de colocar el propio cuerpo bajo la voluntad de Dios.

La *Tôrâh* define estos tres preceptos como *אוֹת*, *'ôṭ*, signo:

un *signo para el mañana*, para el futuro, para la eternidad, *אוֹת לְעֵלָם*, *'ôṭ l^e 'ôlām*, en Ex 31,17 es el *Šabbāṭ*;

un *signo de la alianza*, *אוֹת בְּרִית*, *'ôṭ b^e rîṭ*, en Gen 17,11 es la circuncisión;

un *signo para la mano y para los ojos*, en Dt 6,8, son los *T^efillîn*.

Tres preceptos, tres mandamientos, que aquí se convierten en un *signo* de la libertad, e incluso componen la palabra de liberación.

Es extraño este continuo enlace que encontramos entre la liberación y la observancia de los mandamientos, entre la libertad y los rituales a realizar, entre el fin de la esclavitud y el nacimiento de pertenencia.

Libertad, que aquí es un regalo del que sólo Dios es el responsable, tiene una evidente necesidad de ser protegida, como todos los regalos o, mejor aún, ser manifiesta en signos concretos y manifestaciones. Es necesario recordarla, hacer gestos y palabras que la renueven en nuestros corazones y en nuestras vidas; es necesario contarla y darle constantemente significado debido a que estos signos, estas palabras, estos recuerdos nos hablan de quiénes somos, de dónde venimos, de lo que se ha realizado para nosotros, en forma tan libre y maravillosa.

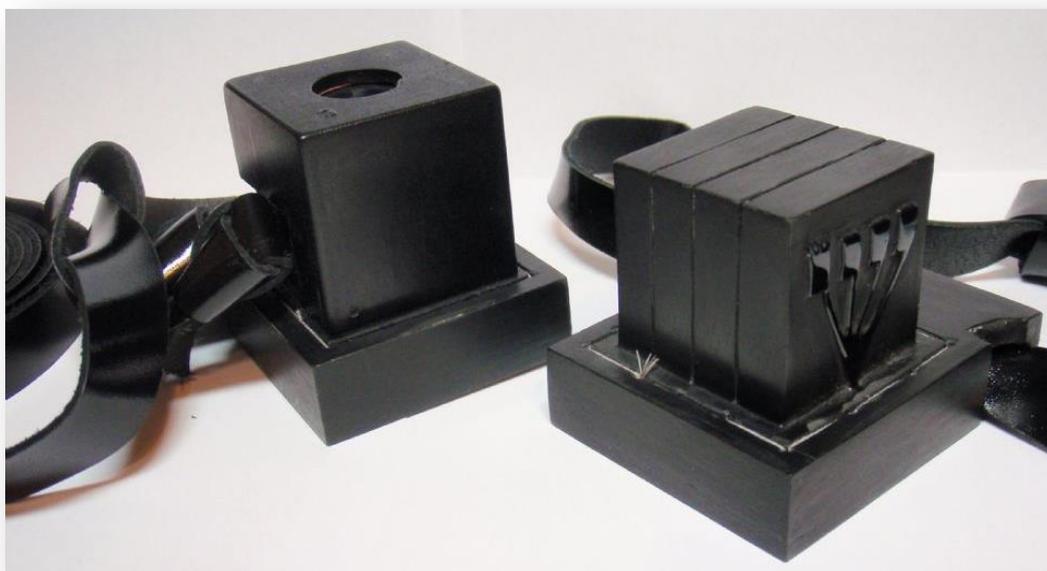
El texto del Éxodo habla de signo y de recuerdo.

La tradición rabínica enseña que el primer término se refiere al futuro y el segundo al pasado. La salida de Egipto no es sólo una cosa del pasado, sino que es un signo de esperanza para el futuro: así como Dios fue capaz de liberar a su pueblo con un brazo fuerte en el pasado, así lo es y será capaz de realizar todo proceso de liberación y salvación para su pueblo y para toda la humanidad.

Como signo: la salida de Egipto será para ti como una señal en tu brazo y una memoria delante de tus ojos, lo que significa que estos pasajes (en los que menciona la liberación de Egipto), estarán ligados en la cabeza y en el brazo.

Rashi

¿QUÉ SON LOS T^EFÏLLÎN?



Los T^efillîn son estuches, cajas de piel, negras también llamadas *filacterias*, del griego φυλάσσω, *phulássō*, *custodio(a)*. La Escritura también los llama טוֹטְפוֹת, *tôṭfôṭ*, un término traducido como *colgajo*. El nombre T^efillîn es la forma en la que el Talmud los llama y habla mucho de ellos.

Están totalmente hechos a mano y su elaboración dura un año, prestando atención a una serie de reglas y preceptos.

Desde la base de los recipientes salen largas tiras de piel negra, a través del cual los T^efillîn se amarran al brazo y a la cabeza. Para la t^efillâh del brazo la tira de cuero tiene una longitud que permita, después de haber amarrado la cajita contra el bíceps, rodear siete veces el brazo hasta alcanzar la mano donde es entonces trenzada, girando tres veces alrededor del dedo medio, de acuerdo con una antigua tradición.

En muchas comunidades judías se recita un verso tomado del profeta Oseas mientras se amarra la tira de cuero alrededor del dedo medio de la mano más débil:

Te convertirás en mi esposa por siempre, te volveré mi esposa en la justicia y en el derecho, en el amor y en la bondad, te volveré mi esposa en la fidelidad, y tú conocerás al Señor.

Os 2,21-22

La *t^efillâh* del brazo se une al כַּהֵהָהּ יָד yād kēhâh, del brazo débil, el izquierdo (el derecho para los zurdos), a fin de estar en frente del corazón, sede de las emociones, para decir que *Él es quien da la fuerza para tener éxito (Dt 8,18)*. El éxodo de Egipto se realizó porque era la mano de Dios quien obraba milagros, mientras que la del hombre había sido débil. En la debilidad podemos recordar lo que Dios ha hecho por su pueblo, y lo que seguirá haciendo. La *t^efillâh* del brazo se coloca cerca del corazón, lo que indica el amor del Señor para su pueblo.

Es necesario amarrar primero la *t^efillâh* del brazo, que representa la acción y el trabajo, y luego la de la cabeza que representa el pensamiento: precede la voluntad de cumplir los mandamientos, y entonces, sólo entonces, la capacidad de entenderlos.

La otra *t^efillâh* se coloca en la cabeza, sede del intelecto, y no en la frente, y se fija con el fin de permanecer en el cerebro en la posición media con respecto a los ojos.



La *t^efillâh* de la cabeza tiene cuatro compartimentos para alojar a cuatro textos bíblicos. Los compartimentos están separados el uno del otro. El pergamino de los *T^efillîn* tiene que tener algunas líneas sobre las que se escribe con una pluma de

gallina con tinta vegetal indeleble. El pergamino también se tiene que envolver y cerrarlo con hilos de cola de vaca.

Los cuatro textos son aquellos que tienen que ver con este precepto:

Ex 13,1-10: el mandamiento de recordar la liberación de Egipto;

Ex 13,11-16: el mandamiento para enseñar estos preceptos a los hijos;

Dt 6,1-13: el *šema' yiśrā'el*, la afirmación de que Dios es Uno;

Dt 11,13-21: la recompensa por guardar los mandamientos.

La *t^efillâh* del brazo, aquella cerca del corazón, está hecha, en cambio de un solo compartimiento. Un pergamino que contiene los cuatro textos, un solo amor. En la parte de la cabeza, de la mente, pueden existir, de hecho, opiniones y puntos de vista, pero en el del brazo, solo una acción concreta, es la unidad que tiene que prevalecer.

A ambos lados de los *T^efillîn* de la cabeza se estampa la letra hebrea *Šin* שׁ.

El nudo de la cinta para la cabeza, un nudo cuadrado, forma la letra *Dalet* ד, mientras que la correa que pasa por la *t^efillâh* del brazo se detiene con un nudo que tiene la forma de la letra *Yod* י. Estas tres letras constituyen uno de los nombres de Dios: *'el šadday* אֱלֹהֵי שְׁדַי.

No se deben usar antes de los trece años de edad. En el rito de *Bar Mišwâh* el niño amarra primero los *T^efillîn*, el jueves, y luego el sábado lee la *Parašâh*, la porción de la *Tôrâh* de Moisés que se lee semanalmente el sábado.



UNIDOS A LA TÔRÂH

Su significado básico es la unión y el apego a Dios, hasta el punto de unirse con toda la *Tôrâh*: el propósito de la *Tôrâh* es la unión con Dios y el objetivo de los *T^efillîn* es la unión con Dios. Es estar vinculados a Dios a través de Su Palabra, rodearse de ella, dejar que determine los pensamientos y acciones, que plasme la inteligencia, que dirija el corazón, que provoque y apoye las acciones y decisiones que conducen a la unión con Dios. Amarrándose los *T^efillîn* el hombre se une a Dios.

Cabeza, corazón, brazo, mano: amarrar las palabras de la *Tôrâh* a estos órganos del cuerpo expresa simbólicamente la enseñanza de servir a Dios en todo pensamiento, en todo sentimiento, en toda acción.

La tradición rabínica enseña que los *T^efillîn* son una especie de *Tôrâh* y se dice que quien usa los *T^efillîn* es como si leyera la *Tôrâh*: por esto quien se encarga de leer la *Tôrâh* está exento de los *T^efillîn*.

Este precepto que encontramos en el texto del Éxodo, nos dice que el salir está al origen de la posibilidad del Éxodo, al origen de su fuerza generativa, ahí está la Palabra de Dios que reconocemos como tal y a la que se tiene que dar la obediencia de la fe. Una palabra confiable, cierta, una palabra que hace lo que dice, una palabra que crea el mundo, renovándolo, liberándolo, salvándolo.

Y lo contrario también es cierto, a saber, que el éxodo de Egipto es la fuente de la sumisión a la *Tôrâh*: por dicha experiencia podemos aún creer y creer siempre, podemos construir y reconstruir siempre en ella.